



El escritor Marcel Proust (arriba a la izquierda) y el editor de su obra Jacques Rivière.

Cartas al editor Jacques Rivière. Además de los siete tomos de 'En busca del tiempo perdido', el gran autor francés escribió (se calcula) más de 100.000 cartas. Ahora llega a España las misivas que se cruzaron él y su editor

CONFESIONES LITERARIAS Y PERSONALES DE MARCEL PROUST

POR ENRIC GONZÁLEZ PARÍS

El 17 de diciembre de 1906, tras la muerte de sus padres, Marcel Proust se instaló en el bulevar Haussmann, número 102, segundo piso. Cerró cortinas y persianas, se sometió a los tormentos de su asma y empezó a escribir una obra monumental. El primer tomo de *En busca del tiempo perdido*, *Por el camino de Swann*, se publicó en 1913. El propio autor tuvo que correr con los gastos de impresión, tras numerosos rechazos.

Pero a principios de 1914 Proust recibió la carta, hoy perdida, de un influyente admirador, Jacques Rivière, secretario de redacción de la prestigiosísima *Nouvelle Revue Française*. Así comenzó un intercambio de correspondencia, transformado pronto en amistad, que duró hasta la muerte del escritor.

En su primera carta a Rivière, Proust hablaba ya de su emblemática madalena: «Ha visto usted

el placer que me depara la sensación de la madalena mojada en el té».

Las cartas entre Proust y Rivière acaban de ser publicadas en España por Ediciones La Uña Rota, con traducción, prólogo y notas de Juan de Sola. Es sólo una pequeña parte de la correspondencia producida por Marcel Proust, un grafómano que vivía encerrado con sus enfermedades y prefería comunicarse por escrito: Philip Kolb, recopilador de la correspondencia proustiana, calcula que el escritor envió unas 100.000 cartas a lo largo de su vida. En el diálogo entre Proust y Rivière, el primero va desvelando las claves de su obra, su perfeccionismo obsesivo y su prodigiosa capacidad de observación.

La correspondencia empieza en 1914 y acaba en 1922, con la muerte de Proust a los 51 años.

Rivière no le sobrevivió mucho tiempo: murió en 1925, de tífus, a los 38 años.

En cuanto leyó el primer tomo de *En busca del tiempo perdido*, Rivière se entusiasmó. Convenció a los responsables de NRF para que rescataran la edición de Grasset pagada por Proust y se comprometieran a publicar el resto de su obra; el propio André Gide, responsable de haber rechazado el manuscrito en NRF, entonó un mea culpa: dijo que jamás podría perdonarse el error. Rivière, por tanto, fue descubridor, impulsor y patrocinador de una de las obras culminantes de la literatura del siglo XX.

«Si no tuviera creencias intelectuales, si simplemente buscara recordar y solapar estos recuerdos con los días vividos, no me tomaría, enfermo como estoy, la

AMIGUISMOS Y OTROS JUEGOS DE INTERESES

El mundillo literario no ha cambiado demasiado en un siglo. En Francia, al menos. La correspondencia Proust-Rivière muestra el complicado juego de amiguismos, recomendaciones, fobias e inseguridades

molestia de escribir», le dice Proust a Rivière. «¿Se puede usted creer que ni siquiera pienso que la inteligencia sea lo primero en nosotros? (...) Yo antepongo el inconsciente, que aquella está llamada a aclarar, pero que es lo que constituye la realidad, la originalidad de una obra», le dice Rivière, cada vez más fascinado por Sigmund Freud.

Hay cartas, bastantes, casi cómicas por el puntillismo maniático de Proust en cuanto a correcciones y cambios de última hora. El libro muestra que en los años de la Primera Guerra Mundial (en la que Rivière combatió), mientras acomete su gran obra, Proust ha dejado de ser el joven pisaverde que hacía crónicas sociales y derrochaba ingenio en los salones; ahora, maduro, enfermo y consciente de que no llegará a viejo, tiene la convicción absoluta de estar escribiendo algo portentoso, algo que va a sobrevivirle. Y quiere que llegue a los lectores de forma perfecta. Tras una enésima corrección, Rivière, en una carta del 25 de octubre de 1922, se exaspera: «Acabo de pedir que paren la impresión, que estaba a punto de empezar. Pero, por el amor de Dios, dime lo antes posible cómo debe terminar el fragmento».

que desarrollaban autores y editores. Proust, por ejemplo, le pregunta a Rivière si ingresar en la Academia sería «ventajoso» para la difusión de su libro. Rivière, que conoce la hostilidad de numerosos académicos hacia Proust, le disuade: «Está usted demasiado verde para sus gustos». En varias ocasiones, el escritor se queja de que la publicación del segundo tomo de 'En busca del tiempo perdido' «se va posponiendo de semana en semana, luego de mes en mes y finalmente de año en año».

A Proust le quedaba menos de un mes de vida. El 25 de octubre, Proust, febril, le dice a Rivière que le odia y ya no confía en él. «Tu carta me duele, no consigo ver en qué me he equivocado», responde Rivière. Días después, Rivière le envía a Proust su obra *Aimée*, con una dedicatoria. Responde (por carta) la sirvienta, Céleste Albaret: «El señor Marcel Proust no se da cuenta de nada, es por eso que todavía no sabe todavía que le mandó usted su libro». Es el último contacto. Proust falleció, de bronconeumonía, el 18 de noviembre de 1922.